

## MAX AUB Y LA HISTORIA DE ESPAÑA

Lo grande de España, lo primordial : el pueblo.  
 ¿Qué importan los Enriques, los Felipes o los Carlos ?  
 Max Aub, *Campo de sangre*<sup>1</sup>

Jacques MAURICE  
 (Université Paris X-Nanterre)

Abrir un coloquio como éste con una ponencia sobre « Max Aub y la historia de España » es algo paradójico. Desde luego, los lectores de Aub saben que la historia que le tocó vivir le afectó y le amargó tanto la vida que se convirtió en una temática obsesiva de su obra. Ahora bien : no hay necesariamente un nexo entre vivencias de lo contemporáneo y reflexiones sobre el pasado. Si nos fijamos en la obra más testimonial de la narrativa aubiana -*El laberinto mágico*-, observamos que las frecuentes conversaciones de los personajes « dialogantes » se refieren más bien a las repercusiones de la Guerra Civil sobre sus propias vidas que a la dimensión social, colectiva, del conflicto y a su enraizamiento en la historia de España. Valga como ejemplo la conversación informal que mantienen durante la cena de Nochevieja del 31 de diciembre de 1937, en la primera parte de *Campo de sangre*, el juez liberal y masón José Rivadavia, el médico socialista y mujeriego Julián Templado, el intelectual católico de izquierdas, mal avenido con su esposa, Paulino Cuartero, el capitán comunista Jesús Herrera. En este sentido, la novelística aubiana se distingue claramente de la novela de pensamiento a lo Malraux, llena de intercambios ideológicos y de razonamientos bien trabados, si bien, como pronto se comprobará, no faltan relaciones intertextuales entre *Campo de sangre* y *L'Espoir*, calificada hace poco, con motivo de nueva edición, de « novela extraordinaria », de « obra fuera de serie », por Jorge Semprún.

---

<sup>1</sup> Max Aub, *Campo de sangre*, Madrid, Alfaguara, 1986 (1a ed. 1945). 1a parte, cap.7, p.128.

Sin embargo, en este inmenso y variado mosaico, o puzzle, que es para mí *El laberinto mágico*, hay una pieza excepcional y un tanto rara en la segunda parte de *Campo de sangre*. Se trata, en términos del mismo narrador, de la «divagación» bastante extensa -unas treinta páginas- de un personaje más que episódico, efímero, puesto que fallece poco tiempo después de entrar en escena, un tal don Leandro Zamora, presunto archivero de Teruel, herido de gravedad durante el cerco de la ciudad por el ejército republicano y llevado en ambulancia hacia un hospital de la retaguardia por el capitán Juan Fajardo, comunista y profesor de literatura en un instituto antes de la guerra. «Divagación», realmente, es la palabra apropiada para caracterizar el soliloquio de un ser calenturiento, aquejado de una gangrena, que pasa la noche en vela mientras su escolta le escucha medio dormido, interrumpiéndole sólo una vez con un pareado sacado de *Campos de Castilla* de Antonio Machado. Lo más curioso es que este pasaje parece ser un estorbo para los estudiosos que lo tuvieron en cuenta. En su introducción inédita a *El laberinto mágico*, el mismo Tuñón de Lara destacaba la «necesidad» narrativa del personaje -que, antes de morir, le entrega a Fajardo una carta para su hija que vive en Barcelona- mientras parecía hacer poco caso de su discurso :

Claro que don Leandro es necesario para seguir tejiendo la trama en su tercer lienzo ; algunas reflexiones, tal vez no lo son.

Por su parte, Ignacio Soldevila observa con justa razón que el posible «contramito», distinto del de los franquistas, que se desprende del discurso de aquel «delirante historiador (o archivero)» queda lo bastante distanciado como para descartar «la responsabilidad autorial»<sup>2</sup> ; pero se soslaya el análisis de contenido de tal delirio. Por lo tanto, el presente trabajo pretende llenar una laguna de los estudios aubianos.

Si bien las reflexiones de don Leandro no carecen de interés, es preciso situarlas, primero, en el contexto para apreciarlas en su justo valor. Si reparamos en el referente histórico, nos damos cuenta de que, en la serie de *El laberinto mágico*, *Campo de sangre* es la primera obra que narra un episodio bélico, la ofensiva republicana lanzada para tomar Teruel. *Campo cerrado* concluía con la resistencia popular a la sublevación militar en Barcelona. *Campo abierto* evocaba detenidamente los preparativos de la

---

<sup>2</sup> Ignacio Soldevila Durante, «Max Aub : Cara y cruz de una creación literaria», en *Actas del congreso internacional «Max Aub y El laberinto español»*, Edición al cuidado de Cecilio Alonso, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1996, t. I, p.41-54.

defensa de Madrid en los días anteriores al asalto de las tropas franquistas pero eludía la batalla. En *Campo de sangre* el relato de la batalla de Teruel empieza *in medias res*, a los quince días de iniciarse la ofensiva y a los dos días de producirse la contraofensiva de Franco, otras tantas peripecias que se resumen durante la cena de Nochevieja ya mencionada<sup>3</sup>. Una breve elipsis separa la primera parte de la segunda que se desarrolla durante los primeros días de enero de 1938 que fue cuando acabó el cerco de Teruel con la rendición, el 8 de enero, de las fuerzas mandadas por el coronel Rey d'Harcourt<sup>4</sup>. En el texto de *Campo de sangre* esta rendición sólo se menciona de pasada, la primera vez, al empezar la evacuación de los heridos y refugiados, con la mención del « señor Rey d'Harcourt, héroe de ayer, traidor de hoy » (p.265) y la segunda vez en un rápido diálogo en el cual el capitán Herrera sopesa, al día siguiente de la rendición, los designios del enemigo : « Una vez rendidos los del interior de la ciudad, ¿qué interés van a tener en sacrificar gente por piedras ? » (p.310). A Max Aub no le interesa la batalla en sí. Lo que le importa es su valor simbólico, el de una revancha sobre la caída de Toledo, episodio ilustrativo de la impotencia de las milicias republicanas en apoderarse del Alcázar, A este respecto, hay en el texto dos referencias muy explícitas, la primera puesta en boca de los comensales de Nochevieja, la segunda, más expresiva, a cargo de soldados que asedian a Teruel : « Toledo (estaba) clavado en todos los corazones »<sup>5</sup>.

El contexto abarca también el tiempo de la narración que no es indiferente puesto que *Campo de sangre* se escribe durante los primeros años del exilio en París y en Marsella, entre 1940 y 1942<sup>6</sup>, por lo tanto en un momento aún próximo a los sucesos referidos. Sucesos que Max Aub pudo conocer de cerca al estar entonces en Valencia como secretario del Consejo Central de Teatro presidido por Antonio Machado y de lo cual hay indicios textuales cuando los comensales de la cena de Nochevieja mencionan « los partes de Prieto » -entonces ministro de Defensa- y las noticias procedentes del Ministerio de Información. Además, en ese período incierto de la guerra es cuando se hizo más estrecha la amistad de Aub con Malraux que en noviembre de 1937 daba

<sup>3</sup> *Campo de sangre, op.cit.*, 1a parte, cap.5 : « La cena.I », p.92-94, 102.

<sup>4</sup> Remito al relato de Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, París, Librería española, 1966, p.584-589.

<sup>5</sup> *Campo de sangre, op.cit.*, 1a parte, p.92-93 y 2a parte, p.223.

<sup>6</sup> Ignacio Soldevila Durante, *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Madrid, Gredos,1973, Biblioteca Románica Hispánica, nº189, p.76-84 : « Campo de sangre : la guerra en 1938 ».

*L'Espoir* al público y, en julio de 1938, empezaba el rodaje de *Sierra de Teruel* con Max de brazo derecho. Dedicada ulteriormente «à mes camarades de la bataille de Teruel»<sup>7</sup>, la novela del escritor francés es obviamente el hipotexto de *Campo de sangre*: de un lado, permanece en la mente de los personajes el recuerdo del calamitoso episodio toledano profusamente referido en «L'illusion lyrique», la primera parte de *L'Espoir*; de otro lado, al tomar como materia la exitosa batalla de Teruel, Aub continúa en cierto modo la narración de Malraux que termina con la no menos exitosa batalla de Guadalajara en la cual los republicanos derrotaron a los fascistas italianos que intentaban el cerco de Madrid. En el mismo sentido, es bastante probable que el filme *Sierra de Teruel* le ha proporcionado a Max Aub situaciones y paisajes útiles para su reconstrucción oblicua de la batalla de Teruel. Pero las señales plausibles de intertextualidad no deben ocultar el hecho fundamental de que Max Aub perseguía en *El laberinto mágico* un designio muy distinto del de su amigo Malraux.

En la obra que se está examinando, todo, desde el mismo título y el epígrafe, sacado del Evangelio de San Mateo, todo indica que el tema de la sangre va a dominar el relato de cabo a cabo, constituyéndose en el leitmotive del soliloquio de don Leandro. Además, queda realzado este pasaje por su centralidad absoluta, casi perfecta, no sólo en la composición de *Campo de sangre* sino en la estructura global de *El laberinto mágico*, una vez quitado de la serie *Campo francés*, texto que ya entra en el ciclo relativo a los campos de concentración en Francia. En suma, el cúmulo de datos extratextuales, intertextuales y contextuales que se acaba de reunir pone de manifiesto la importancia, en el conjunto de *El laberinto mágico*, de un excepcional pasaje discursivo sobre la singularidad histórica de España.

El monólogo de don Leandro ocupa tres capítulos sucesivos cuyos respectivos títulos dan una idea aproximada de su contenido<sup>8</sup>. En un discurso entrecortado por dificultades respiratorias, en el recinto cerrado de una ambulancia y el breve espacio de una noche fría y húmeda de invierno, el personaje ofrece, pese a las circunstancias dramáticas en las cuales discurre, una interpretación bastante coherente de la historia de

---

<sup>7</sup> La dedicatoria figura en la edición de la colección Folio de Gallimard de 1974 (nº20) pero no en la edición de la Bibliothèque de la Pléiade de la misma editorial Gallimard de 1976.

<sup>8</sup> Cap.5: «Don Leandro y los árabes», cap.6: «Don Leandro y Don Juan de Austria», cap.7: «Don Leandro y los anarquistas».

España o, más exactamente, de los españoles. Ésta arranca de una reflexión sobre las armas de la ciudad de Teruel en cuyo escudo aparece la figura de un toro que lleva encima de las astas una estrella. Símbolo ambivalente de fuerza creadora, asociado ora a la luna, ora al sol y a lo que significan ambos<sup>9</sup>, el toro era la representación de la divinidad en las civilizaciones mediterráneo-orientales desde las más antiguas, especialmente la de Ur en Mesopotamia, dos nombres mencionados en el texto (p.273). Por estar relacionado con la sangre, el toro, en boca de don Leandro, se convierte en el símbolo de la lucha entre moros y cristianos en una comarca como la de Bajo Aragón donde el predominio musulmán fue particularmente duradero tanto en la cultura (con el arte mudéjar) como en la economía (con los cultivos de regadío y oficios urbanos preindustriales)<sup>10</sup>. Paulatinamente, al hilo del discurso, don Leandro va generalizando, sistematizando, la realidad de las luchas fronterizas de la edad media hasta afirmar que « toda esta tierra nuestra, España, (es) tierra de moros y cristianos » (p.276). Para bien y para mal : por un lado, « los árabes fueron buenos amos, más humanos que los católicos : la plebe no se les revolvió, ni apoyó a los reconquistadores » (p.280) ; por otro lado, una organización social basada en cabilas nómadas plasmó una mentalidad ensimismada, reacia al enriquecimiento por culturas foráneas y siempre dispuesta a la guerra. Trasladando al período que estaban viviendo esa lectura del pasado, don Leandro ponía las cosas en su punto :

Aunque Franco haya traído moros no importa, que los de verdad sois vosotros, y ellos mercenarios (p.279).

Sin solución de continuidad el siguiente capítulo reanuda el hilo del discurso con una larga digresión sobre la sublevación morisca de las Alpujarras durante el reinado de Felipe II. Es un relato que entremezcla citas de tres autores, testigos o protagonistas de los sucesos -aspecto del cual me ocupó más adelante-, citas mediante las cuales se pretende evocar la despiadada represión, verdadera masacre de los

---

<sup>9</sup> Véase el extenso artículo « taureau » de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Dictionnaire des symboles*, París, Robert Laffont/Jupiter, 1982, esp. : « Toutes les ambivalences, toutes les ambiguïtés existent dans le taureau. Eau et feu : il est lunaire, en tant qu'il s'associe aux rites de la fécondité ; solaire, par le feu de son sang et le rayonnement de sa semence », p.933.

<sup>10</sup> Se lee en la página 278 de *Campo de sangre* lo siguiente : « Los moros se quedaron cultivando la tierra cuando llegaron los reconquistadores : que aquello se parecía a todas las invasiones ; la única gloria : la espada, el desprecio del trabajo y el apoderarse de las tierras con los siervos incluidos. Tanto montaba que fuesen moros en el campo o judíos en las ciudades, o cristianos ». Lo corrobora Julio Caro Baroja, *Los Pueblos de España*, Madrid, Istmo, 1976, tomo II, cap.XVIII : Reino de Valencia y Murcia, Baleares y Aragón, esp. p.170.

inocentes, llevada bajo el mando de don Juan de Austria, presentado ya anteriormente como un tipo de caudillo al servicio de una dinastía extranjera<sup>11</sup>. El mismo don Leandro especifica el significado de esta digresión al indicar de pasada que « en el Seminario y en la Asunción, y en Gobierno Civil pensaban sin duda que ustedes eran unos Juanes austríacos » (p.287), temor que, pese a ser infundado, le llevó a un teniente a matar, preventivamente, a su mujer (p.290)...Así es cómo el archivero desmitifica la imagen fantasmagórica que los « nacionales » tenían de los « rojos », previamente identificados con los moros de antaño, o sea el pueblo llano, cuando, en realidad, tras la caída de Teruel en manos de los sublevados, éste fue el objeto de una represión, por parte de otros moros, tan indiscriminada como la de las Alpujarras según se desprende de las respuestas de « un viejo » turolense al interrogatorio del capitán Herrera<sup>12</sup>. Al fin y al cabo, el recuerdo de estos trágicos sucesos le lleva a don Leandro a reafirmarse en la opinión de la primacía de lo « árabe » en la historia de España, una historia en la que el protagonismo del pueblo queda formulado de la manera más explícita :

Hay quien cree que la Historia es cuestión de señores. Yo no sé nada de los otros pueblos, capitán. Aquí la Historia es cuestión del pueblo. Y el pueblo es africano. Aquí sin el pueblo no se puede hacer nada. Aquí el pueblo lo hace todo. Los jándalos y extremeños que conquistaron América, árabes eran. Ochocientos años de sangre es mucha sangre. (p.291-292)

La referencia a una diversión practicada en algunos pueblos de Aragón, la del *jubillo*, del toro de fuego, remite a los orígenes míticos de Teruel y sirve de transición con la última parte del monólogo. Entonces, el tal don Leandro pasa revista a las incidencias de la herencia africana, « agarena » con más propiedad<sup>13</sup>, sobre el carácter de los españoles entre cuyos rasgos sobresale el más cerril individualismo. De ahí derivan el rechazo de cualquier autoridad, el hábito de la violencia y el recurso a la guerra con el único fin de « sacar dinero » (p.298), rasgos compartidos por los españoles en general y particularmente acusados entre los anarquistas autóctonos :

Así son nuestros españoles claros descendientes bravos de árabes y bereberes.  
Nuestros anarquistas son verdaderos cabileños, beduinos de verdad, con sentido de la tribu (p.299).

---

<sup>11</sup> « ¡Veinte generaciones ! ¿Qué reyes con menos sangre extranjera que los de Granada? ¿Qué sentimientos más españoles que los de aquellas gentes? ¿Quiénes son los extranjeros? Quiébrase todo con Carlos de Gante; y su mayor caudillo se llama Juan de Austria », p.276.

<sup>12</sup> Cap.2 : « La ferretería del Pozal », p.245-246.

<sup>13</sup> En su *Diccionario de uso del español*, María Moliner da la siguiente definición : « Descendiente de Agar, mujer bíblica, y, por extensión, « musulmán » ; particularmente, refiriéndose a los que ocuparon España durante la edad media ». Esclava egipcia de Abraham, Agar dio a luz un hijo, Ismael, del cual descenderían los árabes.

A éstos don Leandro les considera como unos vividores -« venden los privilegios de la revolución » (p.300)-, burlándose discretamente de su participación en gobiernos de la República :

Dicen que ustedes tienen ministros anarquistas. Yo no puedo creerlo : o no son ministros, o no son anarquistas, o no son ninguna de las dos cosas.(p.303)

No elude sus « atropellos », como la quema de conventos, que trata de entender por de dentro, parapetándose de nuevo tras la autoridad de una mente tan clarividente como la de Larra. Vuelve, por fin, en una amplia oración, a su idea fija de la herencia africana para proponer un esbozo de la sicología anarquista basado sobre un paralelismo con la situación del beduino :

El anarquista es un ser sin raíces. Siente por el burgués el mismo desprecio que el beduino corredor de desiertos por el aldeano de las llanuras fértiles. (p.305)

Al tratarse de « vegetarianos y teósofos y esperantistas » (p.305), la autoridad convocada al efecto para denunciar las supersticiones es Feijoo, el eclesiástico ejemplar de la Ilustración española.

Este somero análisis textual muestra que la interpretación ofrecida por don Leandro considera el Islam español como el factor determinante de una historia anómala o atípica en Europa : « ¡Hay Pirineos, capitán! », exclama dirigiéndose a Fajardo (p.296). En este sentido, discrepa de las ideas dominantes en el mundo intelectual de la preguerra que otorgaban un papel primordial en la formación de la entidad España ora a los romanos, ora a los visigodos. No es una casualidad que, en apoyo de su tesis, ese aficionado a la Historia que es don Leandro cite a Ibn Jaldún<sup>14</sup>, el gran historiador árabe que, en los Prolegómenos al *Libro de los ejemplos*, a fines del siglo XIV, esbozaba una sociología histórica con la cual se esforzaba por teorizar el tránsito de lo beduino a la ciudadanía en las sociedades musulmanas. Con respecto a esto parece ser que las disquisiciones del archivero sobre la solidaridad de sangre, tan arraigada a su ver entre los españoles, proceden de la noción básica de la *asabiya* que, para Ibn Jaldún, era el cemento del grupo<sup>15</sup>. No deja de ser curioso que dicho autor fuera tenido por la máxima autoridad en la materia por parte de quien confesaba, de

<sup>14</sup> Citas de Ibn Jaldún en cap.6, p.292 y cap.7, p.304.

<sup>15</sup> Sobre Ibn Jaldún (1332, Túnez-1406, El Cairo) y el *Kitab al'Ibar* (1375-1379), v. el artículo de Jamel Eddine Bencheikh en *Encyclopedia Universalis*, 2001. Don Leandro le anexiona : « Un escritor genial, sevillano ». En realidad, descendía de una familia andaluza radicada antaño en Sevilla y, en su larga carrera diplomática, se trasladó a esta ciudad para una misión ante Pedro el Cruel.

pasada (p.290), su admiración por Menéndez Pidal y el Centro de Estudios Históricos<sup>16</sup>. Quizá se tratara de sugerir que había debate entre historiadores de renombre sobre el pasado de España, quizá se tratara de provocar a los lectores en el momento de publicarse *Campo de sangre*, esa inmediata posguerra llena de hondas discrepancias y agrias polémicas entre los vencidos sobre las causas y responsabilidades de la derrota republicana. Sólo al final de la exposición se podrá responder a esta cuestión de la intencionalidad del autor.

Bien mirado, más que las ideas enunciadas en este pasaje importan las modalidades de enunciación y lo que revelan del quehacer de Max Aub para « dar cuenta » con recursos literarios de la materia histórica. Es notable la manera que tiene el autor de insertar, de embutir casi, en el discurso de su personaje numerosas citas, de extensión variable y cuya procedencia se suele mencionar. Sólo hay una excepción, llamativa, que es cuando don Leandro empieza a hablar de los orígenes de Teruel sin precisar la fuente que utiliza, quizá porque es una obra conocida de cualquier lector español medianamente culto : la *Enciclopedia Espasa Calpe*<sup>17</sup>, o quizá, más prosaicamente, por haberse olvidado el autor de apuntar la referencia. En cualquier caso, del artículo correspondiente sobre Teruel proceden, primero, las citas bastante extensas sobre « los fundamentos » de la ciudad, es decir la ciudad nueva edificada por los cristianos como punto de apoyo para la reconquista de tierras ocupadas por los moros. Son cinco frases fragmentadas, pertenecientes a una crónica que, según *el Espasa*, recogía « noticias suministradas por el *Libro verde*, que se guarda en el archivo del Ayuntamiento ». He aquí cómo, por un arte consumado del relato especular, del metarrelato, Max Aub logra dar credibilidad a las aseveraciones de su personaje desmintiéndole de antemano cuando declara que no es « archivero de verdad » y sólo « empleado del Ayuntamiento » (p.290). A continuación viene otra cita, más escueta, de palabras de diversas lenguas antiguas cuyo significado común es el de « la casa del toro », que remiten a los orígenes míticos de Teruel. Estas palabras proceden del *Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua* de un tal Miguel Cortés :

<sup>16</sup> A este respecto, v.Javier Varela, « La tradición y el paisaje : el Centro de Estudios Históricos », en *Los orígenes culturales de la II República*, Edición al cuidado de J.L.García Delgado, IX Coloquio de Historia Contemporánea de España, dirigido por M.Tuñón de Lara, Madrid, Siglo XXI, 1993, p.237-273.

<sup>17</sup> Que conste mi gratitud a mi colega de París X, Thomas Gomez, por haberme facilitado esta información, El artículo *Teruel* figura en el tomo 60 publicado en 1928.



« consejas », para *el Espasa*, « cuentos », para don Leandro. Lo interesante no es que haya coincidencia, sino que se subraye la contraposición entre tradición oral, no muy de fiar, y saber acumulado en los libros, « lo que pesa y deja rastro » (p.275).

El tratamiento de la represión llevada a cabo contra los moriscos de las Alpujarras obedece a esta convicción de la necesidad del escrito para una reconstrucción veraz del pasado. Es una mezcla, un montaje, a lo largo de cinco páginas, de citas generalmente extensas, entreveradas de comentarios del locutor. En este caso, la mayor parte de las citas se han sacado de tres cronistas cuyas obras se publicaron antes y después de la expulsión general de los moriscos a comienzos del siglo XVII, y que están someramente caracterizados bien por su origen geográfico -« el uno de Granada » : Luis de Mármol Carvajal, « otro de Murcia » : Ginés Pérez de Hita-, bien por su condición social : « Don Diego de Mendoza... era un señor » (p,288). La trama de la narración aubiana parece ser el texto de L. de Mármol que fue el primero publicado y cuya veracidad había sido ponderada por Menéndez y Pelayo, opinión compartida por nuestro archivero : « Yo le tengo cariño a ese Luys de Mármol Carvajal. Y creo que dice la verdad. » El relato distanciado del aristócrata Hurtado de Mendoza y la atención al detalle típico - quedándose sólo a salvo « los niños menores de cinco años »- del « bueno de Ginés Pérez de Hita » completan, matizándola, la narración de L. de Mármol<sup>18</sup>. Al contrastar de manera explícita las tres versiones, don Leandro sugiere el camino a seguir por el novelista deseoso de hacer una literatura responsable. Por ser expresión de la subjetividad, los datos inmediatos de la experiencia no bastan por sí mismos, aun cuando el escritor los proyecta en personajes. Estos seres de papel serán más veraces si sus testimonios quedan certificados por seres de carne y hueso que no sólo fueron testigos presenciales de sucesos parecidos sino que los relataron en crónicas que dieran fe de lo sucedido para que se conservara y transmitiera su memoria. Profundidad histórica y pluralidad de voces narrativas son recursos apreciables para lograr que una novela testimonial sea mucho más que una obra documental y adquiera un valor universal. A mayor abundamiento, el uso que se hace de textos de Larra,

---

<sup>18</sup> Mármol Carvajal, Luis de (1520 ?-1600) : *Historia del rebelión y castigo de los moriscos de Granada* (1600). Hurtado de Mendoza, Diego (1503-1575) : *La guerra de Granada* ; primera crónica escrita, se publicó en 1627. Pérez de Hita, Ginés (1544 ?-1619 ?) : *Guerras de Granada* ; la segunda parte que narra la rebelión de los moriscos se publicó en 1619.

observador crítico de un liberalismo en ciernes, a la hora de explicar el anticlericalismo popular como reacción a los atropellos de los poderosos :

Un asesinato es difícil que sea justo, no es nunca justo ; pero cuando no es uno, cuando no es una facción, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente (p.302).

Ahí es precisamente donde se establece la relación más explícita entre sensibilidad y cultura con la referencia añadida de los ingenios que, desde posturas distintas, reflexionaron sobre el ocaso de la nación española :

¿Cree usted que porque he vivido mis últimos años entre libros dejo de oler las cosas ? Y si me acuden a la imaginación las citas y no lo propio, es que los demás han pensado lo mío antes, y mejor que yo. Los libros viven y retiemblan, capitán. Nacen, mueren, que la carcoma ayuda a ir viviendo. ¿Qué me duele esta noche ? Me duele Galdós, o me duele Quevedo. Y va uno a la estantería y se zampa la pócima. Témlase el ánimo y el dolor. Por los papeles corre un aire : hay que cogerlo. (p.301)

De lo que se acaba de decir resulta que don Leandro dista mucho de ser el personaje « pintoresco » que vio Ignacio Soldevila en su primer libro sobre Max Aub. Si, desde la perspectiva del estudio genético<sup>19</sup>, se ha podido decir que es « el protagonista indiscutible de *Campo de sangre* », el análisis textual pone de manifiesto que es un personaje cuidadosamente construido. Lo es, por una parte, en focalización externa, con el temprano anuncio de su existencia en el relato de la represión franquista en Teruel (cap.2, p.245-247). Por la voz de un habitante anónimo se va perfilando poco a poco la figura de un « archivero », « liberal y muy buena persona », de quien nos indican el nombre y, luego, el apellido. Además, se recalca una y otra vez el hecho insólito de que intentó, en vano, poner en guardia a los « jerarcas » nacionalistas contra los excesos de la represión : « Lo que les decía Don Leandro Zamora, que en cuanto se siembra sangre por estas serranías, cunde ». Tras su traslado a la retaguardia, ya moribundo, se oyen otras voces : según el corresponsal de *El Socialista*, es « un alma de Dios », « un pedazo de pan » (p.309); la única opinión discrepante, de que es « un carca », la profiere un antiguo diputado designado despectivamente como « boquirroto cucharatero » (p.310). La figura de don Leandro va diseñándose, por otra parte, en focalización interna a través de su largo monólogo. No sin cierta ironía respecto de sí mismo, este pequeño burgués de provincias habla de su vida rutinaria lamentando el tiempo perdido :

<sup>19</sup> Max Aub, *Obras Completas*, El laberinto mágico II, vol. III-A, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002. Estudio introductorio - I. *Campo de sangre*, por Luis Llorens Marzo, p.11-33.

He descubierto la historia demasiado tarde. Cincuenta años viviendo del comedor al café, del café a la oficina, de la oficina a la cama, de la cama al comedor (p.276).

También echa de menos « sus papeles » desaparecidos durante el bombardeo del sótano donde se refugió, refiriéndose de paso a su afán de escribir un libro (p.277 y 292). Sobre todo, confirma que intentó moderar el ensañamiento represivo en el bando nacionalista expresando reiteradamente su desprecio hacia « aquel general imbécil » (p.274), « aquel gobernador bobo » y « bruto » (p.277) que no le hizo caso. Pese a todo, sigue manteniendo distancias respecto del otro bando como se infiere de las reflexiones en las cuales reconoce haberse equivocado acerca de los combatientes republicanos :

Hacemos la guerra, sentimos la guerra como bandidos y ladrones. Eso se hartan de decir por ahí de vosotros. Lo malo es que se equivocan : creí de verdad en las hordas rojas y me encuentro un ejército regular. Será cosa de socialistas o comunistas : gente a quien tengo en muy poco. Si usted es de ellos lo siento, capitán (p.298).

Éste es, en suma, un retrato muy matizado que excluye una identificación total entre autor y personaje. La tónica, eso sí, es la de una obvia empatía como lo muestra la frase cadenciosa y encomiástica con la que Max Aub se despide de su personaje en su inconfundible estilo sintético :

Don Leandro Zamora se murió al día siguiente, solo, a rostro firme, dándose cuenta; como un hombre: recibiendo (p.319).

Si bien no puede considerarse don Leandro como el portavoz del autor, el cotejo de *Campo de sangre* con textos posteriores sugiere que Max Aub compartía buena parte de las opiniones puestas en boca de su personaje. El primero de estos textos es *La calle de Valverde*, novela que sólo se publicó en 1961 aunque fuera escrita « en medio del ciclo de los *Campos* »<sup>20</sup>. Aparece en ella un director de periódico, Carlos Santibáñez, que, en sendas conversaciones con un periodista norteamericano y con sus propios redactores, expone sobre « el ser de España » ideas análogas a las del archivero, especialmente a través de una sucesión de preguntas retóricas a las cuales se contesta con la afirmación reiterada del vínculo consustancial entre identidad nacional y colonización de América :

¿Pero quiénes eran los moros ? España ¿cuándo empieza a ser España ? ¿Cuándo era colonia griega, fenicia y romana, cartaginesa o goda ? ¿España es un país goda o un país musulmán ? ¿Empieza España a ser España como cuando tenía conciencia de serlo o antes ? ¿No contestan ?

---

<sup>20</sup> Max Aub, *La calle de Valverde*, Madrid, Cátedra, 1985. Edición de José Antonio Pérez Bowie.

Yo, sí: España empieza a ser España con sus primeras colonias. Es decir, cuando lleva a otras tierras su ser fundamental de ser colonia<sup>21</sup>.

El otro texto es de carácter autobiográfico y quizá, por esto, más convincente : se trata de las entrevistas que dio Max Aub a André Camp para la radio francesa en 1967<sup>22</sup>. Al hablar de lo fácil que fue su adaptación a España apenas llegar a Valencia, lo atribuía, aun cuando fuera en términos menos terminantes que don Leandro -para quien eran « semi-semitas » los españoles (p.279)-, al predominio del elemento semita en la formación del pueblo español, el cual determinó una mentalidad más abierta para con los extranjeros :

Je n'ai jamais trouvé en Espagne la moindre difficulté pour être considéré comme un Français ou comme un Allemand et je n'ai jamais été considéré de ce point de vue-là comme quelqu'un d'inférieur. Mais au contraire j'étais absolument un égal. La position elle-même géographique de l'Espagne explique cette manière de comprendre les gens ; et les Juifs et les Arabes et les Ibères - s'il y en a eu- ont formé un peuple qui a énormément de défauts, mais qui n'a pas ce défaut de se croire supérieur aux autres<sup>23</sup>.

Es esta tierra acogedora del Levante español, luminosa, olorosa, sensual, vital, la que constituye el trasfondo de *El laberinto mágico*. Quizá por haberla perdido desde hacía poco mientras escribía *Campo de sangre* es por lo que ésta « es la entrega más virulenta y desgarrada del *Laberinto* » para decirlo con palabras del prologuista de la última edición, Luis Llorens. Era una pérdida irreparable para quien se sentía desarraigado en una sociedad tan hostil como la francesa de los años 40, la de la « drôle de guerre » y de la ocupación alemana. Pero Max estaba tan compenetrado con su patria chica adoptiva que logró extraer de su memoria afectiva el motivo capaz de expresar el carácter único del drama colectivo que había ensangrentado el solar hispánico durante meses y meses, el del « toro de fuego ». Con éste se inicia *Campo cerrado*, el primer volumen del ciclo, en el cual el narrador describe los pormenores de esta « cruel costumbre » que, tradicionalmente tolerada por las autoridades, posee la fuerza del

<sup>21</sup> *Op.cit.*, p.316 ; se encuentran estos breves diálogos en la tercera parte, p.313-319, y en la cuarta, p.341-342. En *Campo de sangre*, don Leandro declara : « Nada se parece tanto a la conquista de América por los españoles como la conquista de España por los árabes », p.279.

<sup>22</sup> Están recogidas en el volumen de Anejos (p.76-108) de la tesis de Gérard Malgat, *Max Aub et la France ou l'espoir trahi ?*, Université Paris X-Nanterre, 2002.

<sup>23</sup> « Combats d'avant-garde : les souvenirs de Max Aub recueillis par André Camp ». Transcription des six entretiens radiophoniques enregistrés en mai 1967 pour France-Culture. Entretien n°1, p.78 en G.Malgat, *op.cit.*, vol.II.

« mito hecho carne y uña »<sup>24</sup>. El toro de fuego es la metáfora de una guerra civil *sui generis* en la que se mezclan los actos más primitivos de barbarie y los modernos medios de destrucción masiva, idea que se plasma en la estructura de *Campo de sangre*, construída como un tríptico: en medio, la crueldad inaudita de los moros de Franco respecto de « 200 desgraciados de la CNT » (p.249) encuadrada, en las tablas laterales, por los bombardeos de Barcelona entre cuyas víctimas se halla precisamente Rosario, la hija del archivero. La voz de don Leandro hace suya la metáfora introducida de entrada por el narrador, amplificándola hasta considerar la historia de España como la de una guerra civil continua. A la altura de 1968, en el último volumen del ciclo, *Campo de los almendros*, parece oírse como un eco por la voz -¿cómo no ?- de un « arabista de pro » :

Esta guerra ha sido una cosa española de arriba abajo, del 18 de julio de 1936 hasta hoy ; que ayudaron a los de su preferencia unos y otros es cosa de todas las guerras civiles. Pero el meollo del asunto es, era y será nuestro, como lo fueron las guerras carlistas o la Semana Santa<sup>25</sup>.

En este sentido, los grandes mitos -el toro de Mitra, el laberinto cretense<sup>26</sup>, a menudo asociados- confieren a este drama histórico concreto la dimensión de una tragedia antigua.

Con la derrota de la República ya no tenía sentido escribir a lo Malraux una novela lírica, épica, de la revolución *haciéndose*. En la narrativa aubiana la imposibilidad de una revolución en España es un tema recurrente, enunciado con meridiana claridad en *La calle de Valverde* por el escéptico Santibáñez. Trátándose de la guerra civil hay pocas novelas tan desengañadas, tan dominadas por el pesimismo de la razón como *El laberinto mágico* aun cuando la amplia cultura humanística de Aub no le hiciera renunciar del todo al optimismo de la voluntad.

---

<sup>24</sup> Max Aub, *Campo cerrado*, Madrid, Alfaguara, 1979 - 1a parte, cap.1 :Viver de las Aguas. « En lo más remoto de su memoria Rafael López Serrador no halla un recuerdo más viejo; de su niñez es ésa la imagen más cana: el momento en el cual, por las fiestas de septiembre, van a soltar el toro de fuego... », p.16. A su llegada a Valencia, Max tenía poco más o menos la edad de su personaje.

<sup>25</sup> Max Aub, *Campo de los almendros*, Madrid, Alfaguara, 1981, p.198.

<sup>26</sup> Véase a este respecto Eleanor Londero, « La imagen del laberinto en Max Aub » en *Los poderes de la imagen*, Textes réunis par Jacqueline Covo, Université Lille 3, 1998, p.257-263.